

En la memoria de los caídos

Queridísima Carmen,

Cuando se acerca el invierno, los amaneceres en Yugoslavia despuntan a las 9 y media de la mañana. Ya no quedan animales salvajes en rededor nuestro: la violencia de los cañones y otras artillerías dispersan la fauna tupida, y únicamente quedan por aquí los soldados, la tierra y el murmullo del arroyo herido. Los pájaros cucúes ya abandonaron los pinos, y en sus ariscos ramajes algunos nidos se han despoblado. Por las noches, en las torcidas trincheras, nos aquietamos mirando las constelaciones que atraviesan un cielo ocre aunque transparente. Y los pastizales se van blanqueando con los fascículos de la Luna. Te puedo jurar, vida mía, que si nosotros no estuviésemos aquí, éste sería el lugar más fantástico sobre la Tierra que hubiera creado nuestro Señor. Pero plantamos un regimiento cerca del río Drina, siguiendo las órdenes del sargento Fritlz.

Ojalá mis te quiero lograsen traspasar todos estos caminos perturbados, y alcancen a tus manos dúctiles para estas Navidades. Despierto en mitad de la madrugada pensando en una canción que un día bailamos juntos, y desde entonces se convirtió en el primer recuerdo romántico del exquisito itinerario que ha cursado el grandioso amor nuestro. Tengo razones más que suficientes para creer que también tú la recuerdas en esos momentos de extrañamiento. Quizás cuando pienso en ti, a ti te asalten algunos pensamientos relacionados conmigo o con alguna experiencia mágica que hayamos vivido los dos. Si no fuera así, ¿qué significado tendría lo escrito en Mateo?:

Se enamorarán, y serán uno solo.

Nada de esto tiene la importancia que todos creen. Y únicamente me mantiene con vida la consoladora ilusión de volver alguna vez al confort de tus abrazos fieles, a nuestro jardín de gardenias y a nuestros almendros de florecimientos copiosos. ¿Cómo está nuestro niño? La guerra me ha privado de la dicha de verlo crecer, correteando alrededor del limonero que aromatizaba la entrada al patio de casa, con ímpetu en primavera.

¿Cuánto más faltará para que la paz culmine toda esta teatralidad con la bajada del telón a la guerra y de la muerte? Y aunque esta felicidad nos llegase a todos nosotros, no me alegraría tanto por el Mundo, como lo haría por volver a verte a ti, mi amor, para que me toques el alma con las sustanciosas entonaciones de tus sílabas, llenas de candidez y recuerdos de cada mirada que me has regalado con tus perfectos ojos azules, de tu carita de geniecilla, de tus dedos rosados, de tu espalda mía.

Encomiendo a la voluntad de nuestro Creador el acertado camino de estas manuscritas, y le imploro porque todo el esfuerzo y lealtad con la que combatimos aquí, por nuestra patria castellana, sea mérito suficiente para que Él tenga en cuenta y me lleve otra vez a tus brazos, por los senderos de Su inquebrantable justicia.

*Por siempre tuyo, Ezequiel
24 de diciembre de 1913*

Autor: Vicente de Médiccfé